

## RESEÑAS

Paz Moreno, María. *Invernadero*. Sevilla: Editorial Renacimiento, 2007.

Un libro de poemas siempre es una buena ocasión para establecer un juego de pareceres entre el autor, el lenguaje y el lector. Un buen libro de poemas, además, te abre nuevos interrogantes sobre tan novedoso encuentro. Y un gran libro de poemas, finalmente, deja todo un horizonte abierto de preguntas y respuestas que el tiempo se encarga de enriquecer soberanamente, pues su intensidad es tal que tiñe sus versos de un resplandor salvaguardado por el buen gusto que siempre se distingue en los lectores apasionados por la poesía. *Invernadero*, de M<sup>o</sup> Paz Moreno es un buen libro de poemas- publicado en la siempre alabada editorial sevillana Renacimiento- que, seguramente, será considerado en un futuro a corto plazo como un gran libro de poesía en este siglo recién estrenado para la historia. Tal vez porque el universo poético que en él se nos plasma con nítida voz y rica expresión atravesará la maraña densa del actual mercado editorial y nos llenará de un aire nuevo, de una visión original de la existencia humana, de sus conflictos diarios, de sus encuentros cotidianos. Es decir, aportará una visión de mundo y una expresión capaz de enriquecer la poesía actual, no con títulos y publicaciones acumuladas, sino con intensidad, con autenticidad y con ese estandarte de sencillez embaucadora, seductora e invocadora que nos trasporta a la mayor de las complejidades que la poesía alberga en su misma esencia expresiva. Sin duda, las reducidas dimensiones del libro (24 poemas lo componen) hablan, muy a las claras, de cuál es el grado de intensidad que destilan sus versos y hasta qué punto las grandes esencias se siguen guardando en frascos pequeños.

Su título es, cuanto menos, significativo: ¿qué se encuentra en un invernadero? Lejos de entender el invierno como total extinción de la vida, María Paz Moreno nos ofrece una lectura de la fría estación como tapiz que enmarca un mundo de posibilidades ocultadas por el propio temor que el ser humano suele tener de tan gélida estación. Todo el perfecto equilibrio de la vida alcanza un sentido o una razón de ser que excede cualquier intento por querer controlarlo desde el simple

## HPR/114

razonamiento de lo cultural y de lo racional. Lo que sorprende, en este sentido, es que el invierno devuelve a los ojos un paisaje plagado de belleza, de misterios y de perfectas simetrías cuyo cálculo parece no afectar a la esencia humana. La idea del progreso a través del tiempo nos devuelve una visión escéptica ante tal hecho en el poemario, ya que se desconfía de que se haya conseguido logro alguno para explicar, con sabiduría auténtica y neutral, la existencia, los sentimientos, las sensaciones que tanto y tanto nos definen a lo largo de la vida. Ante este invierno la voz protagonista de sus versos solo se adentra en la lectura del mundo, en su deleitable manto blanco y en la celebración de la vida como espectáculo, donde la naturaleza juega su perfecto papel armónico, en un marco escénico plagado de detalles y de anuncios existenciales, teñidos de misterio y seductora expresión.

Pero una cosa muy distinta- y casi ajena- es el invierno interior. Contra esta desazón interior conspira ese invernadero de las palabras: como refugio o regazo donde el lenguaje adquiere un personal valor redentor, supurando las heridas de la vida, de la compañía, de la distancia. Es decir, es el lenguaje poético el manto blanco que cubre las experiencias cotidianas, tanto las gozosas como las más dolorosas. Esta estación sí afecta a la visión del mundo para esa voz poética y la convierte en contemplación hambrienta de la vida. Un hambre que no logra saciarse en el día a día y por ello busca el invernadero, como última respuesta frente aquello que no se sabe bien por qué se busca. Porque ¿qué se busca en ese invernadero?

Si en el invierno exterior se encuentran motivos para la belleza más sublime (no divinizada), en el interior la acción se transforma y debe ser el sujeto poético quien se adentre en la propia búsqueda de sus preguntas, en la lectura intensa del mundo, sin alardes ni tecnicismos.

En este sentido, el precioso poema \*Oración del paisaje+ Moreno nos sitúa ante la improductividad humana innata. El equivocado ser humano se sumerge permanentemente en una lucha que le lleva a la venganza y, por ello, a la herida, al dolor, al sufrimiento. Frente a esta vacua razón existencial los árboles, a pesar de que \*saben de dolor y de silencio, / de inviernos crueles y primaveras esperanzadas+ son tenidos

## HPR/115

como \*criaturas afortunadas+, pues en ellos destila la vida, con esplendor y generosidad. El hombre se siente ajeno a esta voluntad vitalista y tilda de sabiduría aquello que sólo le niega la libertad de gozar plenamente de sus ciclos vitales.

Pero la búsqueda continúa y, como desde una atalaya, el poema que le sigue- \*Blues+- nos afirma que persigue \*el destello terrenal de la luciérnaga+; es decir, la vida en sus detalles, brillantes en la oscuridad de la noche, pero efímeros. Porque el recogimiento en el invernadero le otorga una visión más concienzuda de la realidad que le rodea: es un claro síntoma del recogimiento forzoso que conlleva el invierno, pero también es un modo de abrir la mirada al mundo, con ademán de perplejo ermitaño. Este recogimiento le garantiza una visión más personal de lo que dolorosamente le afecta y le niega la plenitud y el equilibrio armónico que anhela. Así, en el poema \*Marzo+ ya se nos apunta directamente este concepto: \*vive para buscar la plenitud / que tu parpadeo sirva al afán de belleza / y contemples el mundo, y lo interpretes+.

Desde luego, hacía tiempo que no se le cantaba con tanto ímpetu a la vida como ocurre en este libro de poemas, sin alardes de optimismo (también peligroso en grandes dosis) ni de encomiados caminos de encuentros místicos: la vida que guarda siempre secretos, puertas ocultas por donde entran nuevos compañeros de viaje, inquilinos del corazón y perpetuos de la memoria dolorida. La vida- decíamos- no sólo como un ejercicio de respiración continuada, sino como permanente aventura que reserva, bajo la llave de los encuentros y del seguro azar promulgado por Salinas, las más variadas sorpresas, con el aliciente de no saber qué deparará esta aventura en cada instante. Es decir, proyectarse hacia el fascinante viaje existencial sin sobrepeso de equipaje y preservando (ahí estaría nuestro particular invernadero) aquellos momentos en los que, por un instante, todo el ciclo temporal se haya detenido y haya proporcionado una fascinante lección de vida, de lo que somos, de lo que nuestro invernadero guarda y de lo que en él germina, al calor de nuestra memoria.

La gran unidad de su tono hace de su lectura un intenso recorrido por aquellos lugares del descubrimiento donde se aspira a que \*mis ojos se reconcilien con la luz+ (poema \*Prinsengracht 263+). Es un libro

## HPR/116

emocionado que se atreve, incluso, a retomar la fórmula del monólogo dramático, como en el poema \*Simone de Beauvoir reflexiona ante un verso de Concha Méndez+, donde quizás quede de manifiesto- como le ocurriera a Cernuda- esa lejana aventura americana que la autora vive actualmente, haciendo uso con gran resultado de un modelo compositivo complejo y delicado, donde la voz del poeta ha de saber qué significa ver el mundo con otros ojos pero sin perder la propia visión que le ampara. Seguramente su estancia en Estados Unidos ha colaborado para que M0 Paz Moreno se enriquezca con una perspectiva cultural diferente y esto la convierta en testigo privilegiado del espectáculo de la naturaleza y una valoración extrema de la compañía, pero también de la hemorragia que producen las ausencias.

*Invernadero* es un libro con el que el lector se sentirá resguardado por su mensaje conciliador, precisamente para liberarse de esa angustia que los problemas del día a día le provocan. En este sentido, M0 Paz Moreno no sólo nos deja un hueco en su rincón protector de la escritura, sino que además nos trata de abrir los ojos hacia una visión de la vida desligada de aquello que, desde luego, resulta inoperante y alienante para el ser humano. Así, todo conspira para lograr la plenitud que ella misma reconoce andar buscando, pues la vida no es un campo de sembradas respuestas: es el hombre quien las ha de buscar, desde la serenidad y la armonía. Ella nos describe su propia experiencia quizás considerando que una referencia más de esa misma búsqueda puede arrojar nuevos caminos para otros. Y desde la textura de su *visión poética* la poeta nos recuerda, con la calidez de su expresión, que miremos al mundo y que, por una vez, dejemos que su enseñanza nos eduque en aquellos valores de los que somos eternos huérfanos como golondrinas o cigüeñas blancas que ya no saben regresar con el invierno sobre los etéreos pasos de sus plumas sobre el aire africano.

Sergio Arlandis  
Universidad de Valencia, España